

Murcia

José Fernández Valera, Pepe, 81 años

Pedro José Jiménez Ortega, 36 años

YO NO QUIERO VIVIR ASÍ

Primero de abril de 1939. Como final de la Guerra Civil española, en la zona republicana cayó un manto oscuro de hambre y miseria que duró muchos años. Yo, con 12 añitos recién cumplidos, y mi hermano Diego, con dos y medio menos que yo, nos vimos obligados, como la mayoría de nuestros vecinos a ir todos los días al monte a segar tallo de romero. Al principio mi padre nos ayudaba. Una vez hecha la pequeña, pero pesada carga para nuestras débiles fuerzas por la corta edad y por el hambre de nuestros cuerpos, lo transportábamos a una distancia de unos cinco kilómetros, aproximadamente, donde había instalada una caldera de grandes dimensiones que, por medio de destilación, obtenían esencia de romero para, posteriormente, elaborar el alcohol de romero. Esta carga todos los días era la misma: cinco arrobas, por lo que nos daban unas 1,75 pesetas, o sea, a 0,35 pesetas la arroba.

Cuando llegábamos a casa, mi madre partía para La Copa de Bullas a ver qué podía comprar con aquello, que más que dinero, era una limosna. Un día, mi padre dejó de acompañarnos porque ya no tenía fuerza para andar, cojeando visiblemente de una pierna, fruto del hambre acumulada día a día. Mi madre se vió obligada a acompañarnos algunos días pero pronto sus fuerzas decayeron al igual que en mi padre y nos vimos obligados, durante mucho tiempo, a seguir los dos hermanos solos.

En mi casa no hubiese sido tan terrible el hambre si a mi padre no le hubieran despedido de unas tierras que antes que él las había cultivado mi abuelo, pertenecientes a la finca de Los Villares. No fue solamente despedido, sino que le obligaron a pagar el rento de los tres años de la Guerra Civil que, por falta de lluvia, no se había sembrado.

Aquellos años de miseria duraron mucho tiempo y para algunas familias mucho más. El trabajo escaseaba porque el dinero de la República quedó devaluado, y nadie se encontraba económicamente en condiciones de dar trabajo. Los oportunistas surgieron aprovechándose del hambre de la humanidad como por ejemplo la instalación de esa industria de alcohol de romero, los que se dedicaban a comprar esparto, otros con los troncos de las talas que hacían en los montes, pero que todo era miseria porque pagaban como querían, cuando querían y, por grande que fuese el esfuerzo de la persona, nunca podíamos satisfacer los estómagos.

Así transcurría un mes, otro mes, un año, otro año, hasta llegar al 25 de noviembre de 1946, fecha que no quisiera recordar, pero que nunca la olvido porque fue cuando murió mi madre en la más pura miseria hasta el punto que murió sin que un médico pudiera verla. La caja donde su cuerpo fue a la sepultura la pagó un señor de La Copa de Bullas que nunca quiso cobrársela a mi padre. Esto, al recordarlo casi constantemente, no puedo reprimir las lágrimas. En mi casa aún cundió más la miseria y se hacía más grande, por la pena de la pérdida de lo que nunca podríamos recuperar.

Ya mayorcitos nos trasladamos al Almorchón de Cieza a la cogida de esparto que nos pagaban a cinco céntimos el kilo. El pan que vendía el cantinero, de alguna manera alguien le obligaba a exigirnos un vale con los kilos de esparto cogidos y para vendernos un panecillo, aproximadamente de unos 500 gramos, teníamos que haber cogido 100 kilos de esparto. La gente joven era imposible que pudiéramos hacer esa cantidad; solo los hombres hechos podían conseguirlo y no todos los días.

Dormíamos en cuevas con una sola manta con el frío que todavía hacía en el mes de febrero y marzo. Terminado en este lugar, nos trasladábamos a la Venta del Olivo. Allí, el número de personas era incalculable, de varias pedanías de Lorca –La Paca, Doña Inés, Avilés, Zarcilla de Ramos-, también de Moratalla, Calasparra, de Cehegín y sus pedanías y, terminada la cogida de esparto allí, ya no había ni una sola hora de trabajo hasta que llegaba el momento de la siega de cereales que comenzaba del 15 al 20 de mayo en el campo de Cajitán de Mula.

Esta faena también era dura y penosa. En la mayoría de las casas, las migas eran el almuerzo diario y, lo mismo que el pan, era de harina de cebada, pero tampoco nos daban el suficiente porque el hambre necesitaba mayor y mejor alimento.

Era tan dura la vida vivida que, aunque sea vergonzoso el decirlo en este relato, no voy a dejar de hacerlo. En cierta ocasión, un día del mes de febrero de 1940, sin saber dónde nos dirigíamos, me dijo mi padre que le acompañara. Con una mantita de poco abrigo al hombro, salimos temprano de mi casa situada en la aldea ceheginera de El Royo Hurtado y, como mi padre andaba con mucha dificultad, cuando el sol estaba próximo a dar paso a la noche, llegamos a una casa cerca de El Almorchón donde mi padre pidió que nos recogieran. El dueño de aquella casa que después supimos que era Manuel Amaco, nos dijo: “Mire usted, es imposible porque cuando vienen de la faena los hombres que duermen aquí, no cabemos en la casa ni de pie”. Algo vio este señor en la cara de mi padre que le dijo: “Mire, me da pena de que tenga usted que dormir con su hijo en la calle, pero, al mismo tiempo, me da vergüenza ofrecerles el único sitio libre que queda en la casa”. El hombre nos hizo pasar al corral diciéndole a mi padre: “Mire usted, este es el único sitio que queda en la casa”. Aquel lugar era una marranera.

Mi padre lo aceptó porque mejor era oler lo que desprendían de sus cuerpos los huéspedes de aquel lugar, si bien se veía que hacía algún tiempo que no era habitado por estos animales. Allí, sentados tapándonos con aquella frágil mantita, pasamos la noche. Al día siguiente, a coger esparto, sin comer ni el día anterior, ni aquella mañana hasta que nos dieran alguna peseta por el esparto cogido con lo que compraríamos alguna cosa de comer en la cantina.

La penosa historia de mi vida podría prolongarla muchos años más, pero dado el límite de palabras requerido, ponemos punto final.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

¿Lo más importante de la vida? Pregunta Pepe, claro, está casi sordo. Lo más importante de la vida ¡el dinero!, decía en plan de broma (claro, después de haber pasado lo que pasó...). Después se puso un poco serio y empezó a decir: son tantas cosas. Ser educado en las buenas costumbres de una familia y tener suerte para encontrar la persona que ha de vivir contigo durante la vida. Otra cosa importante es ver morir a los padres con una avanzada edad. Ver morir a mi madre a los 52 años fue la mayor desgracia. No tiene compensación con nada. Por eso el ver llegar a un padre a una larga edad es muy bonito. La esposa de Pepe, Francisca; estaba haciendo punto, y también colaboró un poco en este asunto, añadiendo que otra cosa importante de la vida son los hijos.